

SOBRE LA FUNCION DEL COMERCIO EN LA ESTRUCTURA ECONOMICA MICENICA

J. C. BERMEJO BARRERA

INTRODUCCION

Desde el momento de la aparición de los trabajos de Marcel Mauss sobre el regalo, el contrato y el intercambio¹ se ha vuelto un hecho evidente en el campo de la antropología social que el intercambio de objetos de valor entre personas o grupos sociales no posee una realidad autónoma, sino que su valor y la función social que representa depende en cada caso del contexto social en el que se realiza la operación de intercambio. Así por ejemplo nada tiene que ver la circulación de bienes en el mercado de una moderna economía capitalista o socialista con la circulación de las lanzas utilizadas para sellar contratos matrimoniales entre los azande o con la circulación de collares y conchas que tuvo lugar dentro del sistema diplomático comercial conocido con el nombre de *kula* entre los melanesios².

Este planteamiento de la antropología social y económica del presente siglo, recogido en el campo de la Historia Económica por Karl Polanyi y sus discípulos, viene a coincidir, como ha señalado Maurice Godelier³ con las líneas maestras del planteamiento de Marx. En efecto, para este autor las categorías de la economía política no pueden explicar las economías históricas o las de los primitivos actuales, y por ello precisamente llevó a cabo en el *Capital* una crítica de la economía política, al igual que Kant había hecho con la razón pura. Así del mismo modo que Kant había demostrado que la Razón Pura no existe, sino que es una construcción del sujeto cognoscente, Marx demuestra también que la economía política como proceso real no es una realidad inmutable ni una necesidad histórica, sino más bien un proceso de plasmación de un sistema dotado de unas categorías económicas propias, que tiene lugar en un momento dado, para permitir la institucionalización del dominio de una clase burguesa.

Para Marx, como para Polanyi y los antropólogos actuales, un proceso económico sólo tiene verdadera realidad en una forma social concreta. Por ello al estudiar cada una de las categorías económicas en su funcionamiento histórico hay que tratar de ver cuál es su papel dentro del conjunto de las relaciones económicas y cuáles son sus efectos sobre la sociedad y su evolución.

Desde este punto de vista trataremos de examinar pues los problemas que plantea el análisis del comercio micénico.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Tras el descubrimiento de la Civilización Minoica comenzó a hacerse tópico en los campos de la Arqueología y la Historia de la Antigüedad el afirmar que la cultura de los palacios cretenses había tenido un carácter pacífico y comercial, y que en función de este comercio habría extendido su talasocracia a través del Mediterráneo Oriental y el Egeó. Una vez que Chester G. Starr hubo publicado su artículo⁴ demostrando cómo los autores que han defendido esta hipótesis suplieron la escasez de los datos que permiten formularla con el trasvase de un modelo económico actual, el del Imperio Británico, a la Antigüedad, ha quedado claro que no puede interpretarse el desarrollo de la cultura minoica a través del comercio, sin embargo en la bibliografía actual sobre la cultura micénica sigue gozando de predicamento el planteamiento comercial primitivo.

C. G. Thomas⁵ y Frank H. Stubbings⁶ continúan afirmando, muy recientemente, que entre los distintos reinos micénicos se dieron una serie de rivalidades de tipo comercial. Para Thomas, por ejemplo, la destrucción de Cnossos en el año 1400 a. C. se debió a unos griegos del continente, celosos del poder que otros griegos habrían alcanzado allí desde el punto de vista comercial, una vez desbancados los minoicos.

A esta primera destrucción le sigue la caída de la ciudad de Tebas. «El crecimiento comercial de Tebas en el siglo XIV fue seguido por su destrucción, probablemente cerca del 1300 con la repentina subida a la preeminencia de Pilos, desde el 1300 a su destrucción en el 1230 a. C., y la eventual destrucción en la mayor parte de los sitios micénicos aproximadamente treinta años más tarde»⁷.

Tenemos pues una sucesión de tres hegemonías comerciales. Su realidad histórica es deducida por Thomas mediante un método en el que combina la arqueología con el análisis de los mitos, y que por lo tanto no posee una plena validez histórica, pues toda interpretación euhemerista del mito, llevada a cabo sin crítica, carece de validez científica.

No vamos a entrar aquí sin embargo en la crítica detallada de la argumentación de Thomas, sino que nos centraremos en el estudio de los problemas que plantea concretamente el comercio.

Para poder afirmar que las rivalidades existentes entre las distintas regiones de Grecia en la época micénica se debieron a una confrontación de intereses de tipo comercial, tal como señalan Thomas y Stubbings, sería necesario demostrar previamente una serie de puntos: el primero de ellos y más elemental sería la existencia de un mercado, y por consiguiente de una economía de mercado en la Grecia Micénica que pudiese haber llevado a estos reinos a una confrontación derivada de la competencia por tratar de colocar una serie de productos en los diversos puntos que en este momento constituirían los principales focos de la demanda comercial.

En principio, pues, y para que esta afirmación fuese válida, habría que conocer el sistema de producción económica de la Grecia Micénica y ver entonces si cada principado montaba efectivamente su economía sobre la producción de uno o varios artículos, de tipo agrícola (aceite, vino), ganadero o industrial (cerámica, por ejemplo) cuya exportación constituiría el fin de esa producción que por supuesto, dada su importancia económica, habría de ser masiva.

Conociendo las condiciones geográficas de Grecia⁸ la producción más probable

podría ser la del aceite o vino, que muy bien hubieran podido ser los contenidos de las jarras de estribo, o bien la de algún producto ganadero, lo que es menos probable puesto que difícilmente se exportaría la carne. Tampoco parece probable la exportación de lanas, pieles o tejidos en estos momentos, y todavía menos la exportación de los productos cerámicos mismos, dada la tradición general sobre la producción industrial existente en la economía antigua⁹.

Así pues, si reducimos el campo de nuestras posibilidades a las que nos parecen más lógicas, tendremos que de exportar algo en masa debió de ser aceite y vino. Ahora bien, no existe en las tablillas ninguna prueba de que los cultivos de aceite u otro tipo estuviese encaminado a la exportación masiva¹⁰, y sería extraño que si este hubiera sido el caso no quedase constancia de todas estas exportaciones en las tablillas, ya que, por supuesto, dada la naturaleza de los reinos micénicos, el comercio exterior debió estar centralizado y controlado a través del palacio.

Si tenemos entonces en cuenta estos hechos y que en el momento del desarrollo de la cultura micénica el comercio internacional en el Próximo Oriente no estaba regulado a través de los mecanismos de la oferta y la demanda, sino que constituía lo que K. Polanyi ha llamado un «comercio sin mercado» (controlado por el Estado y llevado a cabo mediante la realización de una serie de tratados y el establecimiento de una serie de relaciones diplomáticas)¹¹ veremos que se hace necesario replantear el problema del estudio del comercio micénico a nivel internacional, mediante el análisis de los únicos datos disponibles: los restos arqueológicos de la expansión micénica a lo largo del Mediterráneo.

LA EXPANSION MICENICA: SU EVIDENCIA ARQUEOLOGICA

Expondremos pues a continuación, siguiendo un orden regional, los datos de que disponemos para estudiar la expansión y el comercio micénico a lo largo del Mediterráneo.

Comenzaremos brevemente por la expansión en *Egipto*. Para el estudio de este problema es fundamental tener en cuenta las dos obras fundamentales de Jean Vercoutter, y los trabajos de Hankey y F. Schachermeyr¹².

En lo que a los aspectos históricos se refiere podemos sintetizar estos trabajos en las conclusiones siguientes:

a) Cronología: siguiendo la segunda de las obras de Vercoutter podemos afirmar que las relaciones entre Creta y Egipto comienzan hacia el 2400-2200 a. C., es decir, durante el Imperio Antiguo. A partir de esta época la palabra «Keftiou», identificable con Creta¹³, comienza a aparecer en los textos y es de suponer que se dio un intercambio de relaciones comerciales y artísticas, muy débiles hasta el 1800 a. C. Durante este período continúan las relaciones con Creta a pesar de los Hyksos, pero no existirán todavía con la Grecia Continental¹⁴. Desde el 1580 a. C. se produce una intensificación creciente hasta llegar al 1500 a. C., y de esta fecha al 1400 tenemos el período de mayor intensidad en la relación, en el cual entran ya en juego los micénicos; poco a poco van desapareciendo los minoicos, y cada vez más la isla de Creta va siendo substituida por Rodas y Chipre, y estas relaciones continuarán hasta el 1200 a. C., siendo tan sólo interrumpidas durante los reinados de Amenophis IV (1370-1352 a. C.) y Ramsés II (1298-1232 a. C.)¹⁵.

En general: «las relaciones entre Egipto y el Egeo se anudan o se reanudan cada vez que Asia está bajo la dominación o influencia de Egipto»¹⁶.

Estas relaciones se llevaban a cabo fundamentalmente a través de dos rutas; la

Ruta directa, y la Ruta del Este. La primera iba directamente de Creta a Egipto, pero sólo era realizable en ese sentido y no en el inverso, ya que la dirección NS estaba facilitada por los vientos Etesios, que a su vez dificultaban la SN. Y la «Ruta del Este» iría en dirección Creta-Rodas-Chipre-Egipto, y sería practicable en los dos sentidos¹⁷. Schachermeyr acepta igualmente la existencia de ambas, aunque da más importancia a la directa¹⁸.

En cuanto a los productos objeto de este comercio, en opinión de Vercoutter¹⁹ serían importaciones por parte de Egipto la plata, el oro, el lapislázuli, piedras preciosas y piedras de uso cotidiano (obsidiana), y un remedio medicinal que no conocemos. De todos estos productos los egeos serían en parte productores (obsidiana, plata) y en parte intermediarios en el transporte (oro, lapislázuli, cobre y marfil)²⁰.

Las exportaciones egipcias en contrapartida, si existían en forma de productos comerciales no las conocemos.

Estos son los productos que importaban los egipcios del Egeo en general, por lo que a Micenas, o al mundo micénico en concreto se refiere no conocemos lo que contendrían las jarras de estribo encontradas en Egipto; V. Hankey da como hipótesis el aceite, usado en Egipto para la fabricación de perfumes y producido en el mundo micénico, pero el hecho es, de momento, indemostrable²¹.

Esta cerámica micénica es de procedencia argólica en su mayor parte²², y el comercio decae al comenzar el siglo XIII a. C., continuando esporádicamente, sobre todo con Chipre²³.

Estas relaciones fueron siempre pacíficas²⁴, y en estos momentos el dominio del mar lo poseía Egipto. En este proceso, en general, si excluimos las influencias formales en los vasos y la decoración de tejidos, ni Creta recibió un gran influjo egipcio, ni viceversa²⁵. Este tipo de relaciones no tuvo en general ninguna consecuencia social o económica notable.

El problema de las semejanzas en la arquitectura, escultura y cerámica es estudiado por Schachermeyr en la obra citada a lo largo de todo el II.º Milenio; si bien es indiscutible que a partir de ellas se puede deducir la existencia de relaciones marítimas, también lo es el que de ellas no se puede deducir hechos sociales importantes, al igual que en el caso que acabamos de examinar. Las semejanzas en la organización económica y social que señala se deberían a un desarrollo semejante de la evolución social de las diferentes culturas, pero no necesariamente a una difusión.

Asia Menor

Desde el desciframiento de algunos textos hititas en los que aparecieron una serie de antropónimos y nombres de pueblos que presentaban ciertas semejanzas fonéticas con los de algunos de los héroes de la poesía homérica, se ha venido desarrollando una serie de estudios en torno al problema hasta alcanzar una considerable amplitud y construir una serie de hipótesis y soluciones muy diversas para explicar la aparición de estos nombres y tratar de comprender las posibles relaciones que los micénicos hubieran podido mantener con los hititas, sus vecinos.

Las discusiones en torno a este problema se han desarrollado no sólo a nivel lingüístico sino especialmente topográfico, cronológico y prosopográfico, tratando continuamente de localizar lugares, fechas y personajes, pero sin tener en cuenta muchas veces, como ya hizo notar Fritz Schachermeyr²⁶, los problemas históricos en su conjunto.

En este lugar sólo consideramos entonces la cuestión a nivel muy general, sin inclinarnos por ninguna de las soluciones aportadas, y tratando de considerar únicamente los hechos que puedan ser de interés para los problemas que en este momento tenemos planteados.

En primer lugar existe un hecho innegable y es que griegos e hititas entraron en contacto unos ciento cincuenta años antes del saqueo, registrable a nivel arqueológico del estrato VII-a de la ciudad de Troya²⁷, y que en los documentos hititas aparecen mencionados unos príncipes y pueblos que tuvieron que ser griegos, ya de una isla próxima a las costas de Asia Menor, Rodas, según la interpretación de Page, o bien del Continente Heleno en general, tal como ha sostenido Schachermeyr²⁸. Ahora bien lo más discutido es la importancia del asentamiento griego en las costas citadas, si es a los griegos de esas costas a los que se refieren los textos hititas, opinión no compartida por todos los investigadores sobre el tema; y precisamente este será el punto en el que nos vayamos a detener, ya que es el más relacionado con el problema histórico de la expansión.

Si planteamos la cuestión a nivel arqueológico nos encontramos con que el asentamiento en la costa de Asia Menor es muy débil si exceptuamos Halicarnaso, Mileto y Troya en su último estrato, y que únicamente: «los datos exactos de la arqueología nos aseguran que solamente hay una isla estado, y es Rodas»²⁹ y por cierto «en tiempos de los reyes hititas Mursilis y Muwatallis, Rodas era una isla griega, fuerte, rica y bien poblada»³⁰.

Page utiliza estos argumentos para demostrar que el país de los Aḥḥijāwā del que hablan los textos hititas no es la Grecia Continental, sino la isla de Rodas y para afirmar que para un hitita griego era sinónimo de rodio; dejando a un lado el problema de si en este punto tiene o no razón, lo que nos interesa a nosotros es llamar la atención sobre el hecho de que en las costas de Anatolia los micénicos no pudieron establecer ningún reino debido al control político que de ellas poseían los hititas; no obstante en opinión de algunos autores existiría una excepción: Troya³¹.

Para Page, por ejemplo «los troyanos eran griegos; más exactamente los fundadores de Troya VI eran un pueblo similar por su sustrato cultural a los invasores greco-hablantes que ocuparon la Hélade, y ambos provenían de la misma migración»³².

En el momento de su llegada conocían, como los griegos, el caballo, y el crecimiento y expansión de su ciudad coincidió con el del Imperio Hitita³³.

Troyanos y micénicos poseían una misma cultura y a lo largo de su historia mantuvieron constantemente una serie de relaciones de tipo comercial, al menos en opinión de Page³⁴.

Troya no era un centro comercial colocado en un punto estratégico, gracias al cual controlase el comercio de los Dardanelos, sino una ciudad especializada en la cría y exportación de caballos³⁵, y a cambio de su envío a la Grecia Micénica recibía no sabemos qué mercancía en las jarras de estribo.

Ahora bien, ocurrió, dice Page, que: «los comerciantes micénicos eran activos en la costa oeste del Asia Menor en dos sectores: primero en Mileto y las islas del suroeste, y en segundo lugar en Troya»³⁶. Y como Troya marchó con Assuwa contra los hititas y el comercio micénico se vió excluido de aquellas regiones que la liga de Assuwa controlaba, los aqueos decidieron unirse a los hititas y entrar en guerra contra Assuwa y Troya, a la que atacarían un poco después de la derrota de la Liga; en opinión de Page: «parece que los Aqueos atacaron Troya poco después de la derrota de Assuwa por Tuthalijas en la década del 1230 a. C.»³⁷. Naturalmente para explicar

todas estas guerras por motivos comerciales Page parte de la hipótesis de que los micénicos «eran unos grandes hombres de negocios»³⁸.

Hemos vuelto un poco al punto anterior, y el hecho es muy significativo en cuanto que indica que la hipótesis de los reyes-comerciantes micénicos está grandemente extendida, constituyendo muchas veces uno de los puntos clave de muchas argumentaciones para tratar de explicar los principales hechos conocidos de la historia micénica.

Hemos puesto en duda la validez de esta hipótesis. En contra de ella, además de los argumentos generales propuestos, podemos aducir ahora, al tratar de este punto concreto una nueva serie de razonamientos que pueden poner muy seriamente en cuestión la interpretación dada por Page a la Guerra de Troya.

Para ello seguiremos un estudio colectivo de este problema en el que se confrontan las diversas posturas existentes³⁹.

La primera de ellas, totalmente escéptica, y que niega de una forma radical la existencia de la guerra y todavía más el que Homero haya podido conservar un recuerdo de ella es la postura de M. I. Finley.

En su opinión, y a través del análisis de la tradición épica medieval la poesía oral deforma de una manera muy considerable los hechos y puede dar lugar a tres tipos fundamentales de distorsión: 1) que una gran tradición heroica puede construirse en torno a un acontecimiento que por sí mismo es de muy poca importancia, 2) que la tradición puede ser escogida por pueblos y regiones para los que era originariamente este hecho completamente ajeno y sin relación alguna con ellos, 3) que la tradición puede con el tiempo distorsionar (no sólo exagerar) el núcleo inicial hasta hacerlo totalmente irreconocible e indescubrible a partir de la evidencia interna únicamente⁴⁰.

Por todo lo cual podemos concluir, arguye Finley, que la Guerra de Troya pudo no haber existido, y que, en caso de ser real, su importancia histórica debió de ser mucho menor de la que normalmente se le atribuye.

J. L. Caskey comparte el escepticismo de Finley aunque en menor grado, ya que admite la posibilidad de que la guerra se diese por unas razones de tipo muy diferente, pues no considera para nada la tradición oral sino fundamentalmente los hechos arqueológicos; basándose en ellos afirma que en lo que al problema de la Guerra de Troya se refiere: «la evidencia arqueológica, como la literaria y la histórica, es incompleta y no permite concluir nada»⁴¹.

Puede ser que el hecho histórico se haya dado, afirma Caskey, pero lo que sí es seguro es que si los aqueos ocuparon Troya no pudieron permanecer en ella mucho tiempo ni pudieron explotar su victoria por la rápida llegada de los invasores del Norte. No obstante definitivamente tampoco podemos afirmar que la toma de esta ciudad por los aqueos se haya realmente dado.

G. S. Kirk, por el contrario, mantiene una postura más optimista y comienza en primer lugar por negar la comparación de los poemas homéricos con la épica europeo-medieval, tal y como la ha realizado Finley, pues «en resumen, el material comparativo aducido por Finley no parece cumplir sus propios requisitos, principalmente porque esa parte de él que contiene una distorsión notable es significativamente diferente, en su forma de transmisión y desarrollo, de la poesía homérica»⁴².

Y en concreto la naturaleza de la tradición acerca de Troya es todavía más desemejante del resto de lo aducido por Finley; así pues teóricamente la guerra y la posibilidad de que su conocimiento se haya mantenido y transmitido oralmente sigue siendo posible, al menos en opinión de Kirk.

En el lado opuesto y más optimista se sitúa Page, que al igual que en su obra

citada mantiene la teoría de que la guerra existió como hecho y que dado que Nilsson ha demostrado el origen micénico de la mitología griega y Parry y Lord la naturaleza oral de la poesía homérica, que podría remontarse a época micénica aunque Kirk no esté totalmente de acuerdo con este punto, la veracidad de Homero es entonces muy amplia, por lo lógicamente, arguye Page, debemos aceptar la tradición de la guerra, apoyada parcialmente por los hechos arqueológicos, al menos en su opinión, aunque Caskey tampoco esté de acuerdo sobre este punto.

La conclusión que obtener de todo esto es que no se puede afirmar sin una crítica muy profunda que la épica homérica refleje hechos reales, aunque exista una correlación aproximada entre estos hechos y ciertos niveles arqueológicos de destrucción.

Así pues, dado que la existencia de tales hechos no es demostrable de un modo universalmente aceptado prescindiremos de ellos, y únicamente tendremos en cuenta las evidencias de la arqueología.

Terminaremos pues este apartado afirmando que Rodas fue el único punto de toda la costa de Asia Menor en el que los micénicos se hicieron fuertes. Ello se debió a que en la isla, al igual que en los enclaves de Mileto y Halicarnaso, se había producido un vacío del poder político hitita. En los demás lugares no tuvo lugar ninguna penetración micénica hacia el interior, debido a la resistencia hitita.

Si consideramos entonces la naturaleza económico-social de esta expansión veremos que a pesar de que haya querido ser explicada por hechos comerciales, estas hipótesis carecen de base histórica y arqueológica y su aplicación al estudio de la guerra de Troya es muy dudosa, al igual que la existencia misma de esa guerra. El origen de los movimientos micénicos en esa región tuvo que deberse pues a otras causas que trataremos de elucidar en la conclusión del presente trabajo.

Pasemos entonces a ver la expansión micénica en el resto del mediterráneo, en primer lugar por el Occidental.

Mediterráneo Occidental

- De él nos limitaremos a tomar algunos puntos indicativos. En primer lugar Italia⁴³. Sus relaciones con el Egeo y Asia Anterior comenzaron a principios del II.º Milenio, adquiriendo consistencia histórica hasta cuajar en las relaciones de la época micénica⁴⁴, que culminan en el micénico III A con importaciones de cerámica argólica HT-II a (1400-1300 a. C.) y Atica, a partir del Micénico III B (I.ª mitad 1300-1265, II.ª 1265-1230 a. C.), en su segunda mitad se inician además relaciones con Levante y Chipre, y en el Micénico III C I (1230-1125 a. C.) con Rodas, y por último en el Micénico III C 2 (1125-1100 a. C.) con Jonia y la Península Griega⁴⁵.

Estas relaciones serían pacíficas, y quizás se fuesen fundando colonias en una ruta de búsqueda de metales en Andalucía, Galicia, etc..., o quizás fuesen asentamientos de tipo agrícola⁴⁶.

Como consecuencia de esta «colonización» la cultura indígena absorbió algunos elementos aislados, muy lentamente, de la cultura micénica, a los que reelaboró. Y por lo que al propio mundo micénico se refiere es de suponer que estas colonias siguiesen el modelo o modelos de las restantes, cuyas causas de fundación no son del todo bien conocidas.

Estos asentamientos micénicos son indiscutibles, al igual que los de Sicilia, pero también en el Mediterráneo Occidental tenemos expansiones hipotéticas e indocumentadas de la Cultura Micénica.

En la mayor parte de los asentamientos de esta zona es posible que los micénicos se instalasen en lugares de débil poder político y quizás en algunos casos sin violencia. Pero, según Marinatos, su hipotética instalación en las Baleares debió de ser especialmente violenta, porque una de sus batallas se representó en un *rython* que ha llegado hasta nuestros días⁴⁷.

Pasemos pues a estudiar la última de las zonas en las que tuvo lugar la expansión micénica.

Mediterráneo Oriental

Ultimamente se ha dedicado un congreso arqueológico al tema de la expansión micénica en el Mediterráneo Oriental, centrándose sobre todo en uno de los puntos en los que la penetración ha sido más intensa: Chipre⁴⁸.

A lo largo de las comunicaciones presentadas y los coloquios realizados se puede observar claramente cómo el problema histórico fundamental de la expansión micénica, su naturaleza y sus causas económicas queda totalmente sin resolver. Aunque en líneas generales este congreso no aporte prácticamente nada al conocimiento de estos problemas históricos citados, vamos a examinar brevemente los principales puntos y cuestiones tratados en él con el fin de demostrar cómo el estudio detenido de un caso particular, el chipriota, permite elaborar una hipótesis que explique, a nivel general, la expansión micénica.

Si ordenamos temáticamente las materias tratadas tendremos que la primera de ellas, cronológicamente hablando, es la cuestión de las relaciones de la expansión micénica con la minoica, sobre todo la continuidad entre ambas, y el aprovechamiento de la segunda por la primera de ellas.

A este respecto las comunicaciones presentadas señalan claramente la continuidad; sobre todo las de P. E. Pecorella y E. Vermeule⁴⁹. La primera de ellas incluso llega a admitir un mimetismo entre la expansión minoica y la micénica al afirmar que navíos minoicos pudieron haber transportado mercancías micénicas, pero esta hipótesis no fue totalmente aceptada, al contrario que las líneas generales de estos dos artículos acerca de la sucesión cronológica de ambas expansiones, que podemos resumir con unas palabras de E. Vermeule, tomadas de su comunicación, en donde afirma que: «puesto que los micénicos siguieron más tarde la ruta abierta hacia esta interesante ciudad de Chipre por los minoicos, este caso es una bella ilustración en miniatura de la forma en que los primeros griegos siguieron la huella de los cretenses para utilizar los puertos de ultramar, aprovechando así una vieja experiencia egea para la nueva expansión micénica»⁵⁰.

Tras esta cuestión se plantea inmediatamente otra: ¿en qué fecha llegaron entonces los micénicos?

Sobre este punto se lanzaron diversas hipótesis que se pueden reunir en dos posiciones opuestas claramente definidas.

La primera de ellas afirma que los micénicos llegaron a Chipre en época bastante tardía, el siglo XII a. C., en una serie de oleadas continuas, consecutivas a las destrucciones que se producen en el Continente.

Esta es la postura de H. Catling⁵¹ y de Sinclair Hood⁵², quién trata de relacionar el asentamiento micénico en Chipre con la llegada de los griegos a la Hélade, que él sitúa en esta fecha tan tardía. Basándose sobre todo en la cerámica llega a la conclusión de que: «la evidencia de Chipre es un aspecto muy importante del problema de cuando los pueblos greco-hablantes comenzaron a penetrar por primera vez

en el mundo micénico. Hay razones de peso para identificar la fundación de colonias griegas en Chipre con la aparición de las tumbas de cámara al final de la Edad del Bronce, después de 1150 a. C. o incluso más tarde»⁵³.

Y también comparten esta postura V. R. Desborough⁵⁴, G. Cadogan y Vassos Karageorghis⁵⁵.

Estos autores afirman que la escasa cerámica encontrada en Chipre con fechas anteriores al siglo XII no es prueba suficiente para asegurar ni una penetración ni un asentamiento micénico, sino que únicamente demuestra la existencia de relaciones de un tipo no determinable, y como: «no hay todavía pruebas de casas o poblados micénicos del HT III A-2 o HT III B»⁵⁶, no se puede hablar entonces de la existencia de ningún tipo de asentamiento, ni siquiera de puestos «comerciales»⁵⁷.

La segunda de estas posturas afirma que la penetración micénica se realizó en una época mucho más temprana, el siglo XVI a. C. como muy pronto y el XIV a. C. como muy tarde, y está defendida por C. F. A. Schaeffer⁵⁸, quien afirma que: «la penetración, de tipo comercial, de los primeros que se asentaron en Chipre, ocurrió en el siglo XIV y XIII a. C. como muy tarde, al igual que en Ugarit»⁵⁹, y por K. Spyridakis⁶⁰, para quien los micénicos, llegados en estas fechas tempranas, provenían de la Argólida, como lo demuestran según él la cerámica y los mitos⁶¹.

También K. Nicolau afirma que: «los comerciantes micénicos de los siglos XVI y XV fueron seguidos por inmigrantes micénicos, que llegaron pacíficamente a Chipre en varias ocasiones durante los siglos XIV al XII a. C., absorbieron el elemento local y finalmente helenizaron la isla»⁶².

Así pues, en su opinión habría que distinguir dos tipos de asentamiento de diferente naturaleza que se suceden cronológicamente: uno comercial, que se desarrolla durante el HT I y II A, y otro en el que los micénicos se asientan en la isla y pasan a ocupar terrenos mucho más amplios durante el HT II B y III; no obstante los micénicos no llegarían a alcanzar el dominio de la isla, ignorándose las relaciones que pudieron haber mantenido con el poder local.

En realidad la elección de estas dos posibilidades depende más que de una serie de hechos concretos, que son reconocidos objetivamente por cada uno de los grupos de autores que defiende las dos posturas, de la interpretación de los mismos, centrándose sobre todo en un punto clave: el determinar si la aparición en un punto determinado de cerámica proviniente de una cultura exterior, indica la existencia de un asentamiento, un comercio o simplemente de una relación que no podemos determinar con claridad.

Naturalmente los defensores de la cronología larga sostendrán la hipótesis que consiste en afirmar que la cerámica implica relaciones comerciales como mínimo, sino asentamiento, y tratarán de apoyar todas sus tesis sobre el análisis de este tipo de material; sin embargo si examinamos detenidamente los porcentajes de cerámica micénica chipriota por períodos nos encontramos con que los más altos se centran en torno al micénico III A y B, y al Micénico III C, como puede apreciarse en la tabla elaborada por P. Aström⁶³, lo que podría ir en contra de esta hipótesis. No obstante sus defensores, aún conscientes de la escasez de datos, poseen una fe tan firme en la cerámica que creen su postura defendible igualmente.

Como la cuestión no depende de los datos sino de las interpretaciones, pasaremos entonces a ver cuáles se han elaborado en torno al problema de la expansión micénica en el Mediterráneo Oriental, su importancia y su naturaleza.

Las hipótesis van asociadas, como es lógico, a las dos posturas anteriores, aunque algunas son comunes a ambos bandos.

En torno al problema de la importancia hay, como es lógico dos posturas fundamentales, una que afirma que la expansión micénica fue históricamente poco importante y otra que afirma que lo fue mucho o bastante.

La primera de ellas, en lo que a Chipre se refiere, es en cierto modo defendida por P. Aström, quien cree que: «la cerámica micénica fue, al menos en un principio, una cerámica de lujo en la isla»⁶⁴; por lo cual las relaciones serían muy superficiales.

Olivier Pelon también comparte esta opinión cuando concluye que sólo existió una presencia durable en la isla tras la mitad del siglo XIV. Llega a esta conclusión al estudiar tres Tholoi de Enkomi, a pesar de que: «esas tumbas son la prueba de la instalación en Enkomi de colonos o mercaderes de origen micénico en una fecha muy alta del Chipriota reciente»⁶⁵.

H. Catling y K. Nicolau son partidarios también de esta opinión, aún cuando su postura acerca de la cronología es totalmente opuesta.

Si por importancia histórica se entiende la densidad de relaciones entre estos asentamientos y el Continente y el dominio efectivo, sea cual sea su tipo, que hayan podido poseer los asentados en sus nuevas patrias, entonces este primer período de expansión micénica en Chipre apenas tuvo importancia histórica; y lo mismo afirman R. S. Merillees y V. Hankey⁶⁶, en cuanto al problema de las relaciones con Egipto.

El primero de estos dos autores afirma que no sabemos si lo adquirido por los egipcios eran los vasos o sus contenidos, y que, por otra parte, la presencia de los vasos no indica que los hubiesen llevado los micénicos, ni siquiera que los fuesen a buscar tampoco los egipcios, sino que muy bien pudieron haber sido llevados por otro pueblo que sirviese de intermediario, como por ejemplo los fenicios⁶⁷.

En realidad en el caso egipcio el significado de la cerámica, normalmente oscuro, nos resulta totalmente desconocido, y en opinión de Merillees: «quizás todos estos productos no representasen más que un gusto por lo extraño y exótico, alimentado por la filosofía heterodoxa que inspiraba a la corte de Akenaten y penetraba en todas sus actividades»⁶⁸. Esta opinión es quizás demasiado negativa, al negar prácticamente toda importancia económica al comercio micénico con Egipto y contrasta con la expuesta por Vercoutter. Pero la opinión de Merillees y Hankey es de un gran interés porque pone de relieve, en primer lugar que los productos difundidos por los micénicos no eran, para las culturas que los adquirían, de primera necesidad; y en segundo lugar la escasa importancia histórica de este comercio.

Así pues, por lo que a Chipre y Egipto se refiere la expansión micénica parece poseer poca importancia. El caso chipriota es de un gran interés porque en él las relaciones con el Continente griego continúan desarrollándose largo tiempo después de la extinción de la Civilización Micénica. Chipre recibirá una intensa, brutal y repentina ola de emigrados en el Micénico III C 16⁹; y durante el Submicénico y Protogeométrico se mantienen intensas relaciones con el Atica⁷⁰, regresando incluso una parte de los emigrados anteriores a reunirse con el resto de los aqueos supervivientes en esa región.

Dentro del Mediterráneo Oriental los micénicos realizaron también su expansión, además de en estas áreas, en la costa de Siria y Palestina. En esta zona las relaciones con el Continente se desarrollaron únicamente mientras pervivió en él la cultura micénica, interrumpiéndose tras su caída. Como las relaciones se concentran en un momento muy concreto se plantea el problema de la importancia histórica de la expansión micénica de un modo mucho más tajante que en el caso chipriota; ya que si hubo helenización tuvo que producirse en este momento concreto, mientras que en

Chipre el proceso de helenización pudo haberse producido en este momento o en los posteriores, ya que se mantienen unas relaciones continuas.

D. C. Baramki afirma que la helenización existió efectivamente en la costa siria y palestina, y que se debió al fuerte impacto que tuvo en ella la expansión micénica. Para él: «los niveles de ocupación de la segunda fase de la Edad del Bronce Tardía en Yacimientos como Ras Shamra, Tell Abu Hawwam y Megiddo dan un testimonio elocuente del fuerte impacto de la Civilización Micénica en el Antiguo Oriente»⁷¹.

Pero, por otra parte P. J. Riis estima que: «los hallazgos de Hama y Sukas no apoyan la teoría que afirma que los micénicos se asentaron en Siria y transformaron la cultura local; sino que demuestran tardíamente que estas culturas no estuvieron influenciadas en modo alguno por las partes micenizadas del Oriente»⁷².

Estas dos opiniones tan opuestas no serían posibles si existiesen unos hechos que aclarasen definitivamente la cuestión, como por ejemplo un claro asentamiento micénico en Megiddo, u otros lugares. En realidad sólo está claro en Ras Shamra, y por ello las restantes interpretaciones se montan normalmente sobre la cerámica. Así pues las interpretaciones varían en función de la importancia que se le dé a este elemento en el estudio de las relaciones entre las distintas culturas.

Si ceramográficamente somos escépticos, como es nuestro caso, la opinión de Riis es entonces la más acertada. Ahora bien, si aceptamos la opinión contraria habría que distinguir concretamente los sectores de la cultura, material o no, en los que los micénicos tuvieron alguna importancia dentro de la cultura siro-palestina. Si tenemos en cuenta que las influencias se reducen a algunos aspectos de la cultura material, entonces la importancia cultural de la expansión micénica, aunque puedan localizarse estratos micénicos en Megiddo y otros lugares, será mucho menor de lo que a primera vista pudiera parecer.

Si, para terminar con el problema de la expansión, examinamos la costa de Asia Menor, a la que ya hemos hecho referencia, veremos que Rodas fue en ella el asentamiento más importante, pero sólo a partir de mediados del HT III B y en el HT III C. Por esta razón la identificación Aḥḥijāwā = Rodas es para Sp. Iakovidis⁷³ insostenible, en contra de lo que afirma Page; ya que en tiempos de Mursilis Rodas era un asentamiento micénico de poca importancia.

Pero dejando a un lado el problema Aḥḥijāwā y centrándonos en el de la importancia de la expansión por regiones tendremos que en el Mediterráneo Oriental la expansión careció absolutamente de importancia en Egipto, tuvo alguna, aunque poca, en Siria y Palestina, algo más en Chipre, y fue intensa en el caso Rodio.

CONCLUSION

Pasemos pues entonces al estudio del problema de la expansión de su naturaleza y sus causas. Dejaremos a un lado el problema de las relaciones con Egipto, ya que no sabemos si entre este país y los micénicos hubo conexiones directas o no.

Si nos centramos en primer lugar en el caso chipriota veremos que la mayor parte de los participantes en este congreso utilizaban términos como «expansión comercial», los «comerciantes micénicos», etc..., pero sin crítica alguna. Y en su opinión los «business men» micénicos llegarían a Chipre buscando el cobre, inexistente en sus lugares de origen.

Esta opinión estaba muy generalizada y por ello no vamos a citar aquí a todos los autores que la aceptaron, sino sólo a uno de ellos, R. S. Merillees, que la criticó por falta de pruebas y por estar basada en unos presupuestos teóricos falsos.

En su comentario a la comunicación de Nicolau señalaba que era falso el afirmar que Chipre «vendía» cobre y «compraba» aceite, cerámica o lo que fuese, puesto que eso supondría la existencia de algo así como una balanza de pagos para el comercio exterior, y en definitiva de una economía de mercado que no tenemos derecho alguno a suponer en este momento como existente. Por todo ello: «no necesitamos por lo tanto postular un comercio de cobre a gran escala entre Chipre y el Egeo»⁷⁴.

Si a esto añadimos que se ha descubierto en Creta una primitiva explotación de cobre⁷⁵ que data del MP, tendremos entonces que la teoría comercialista posee unas bases menos seguras de lo que a primera vista pudiera parecer.

El caso más extremo de esta teoría del monopolio es el de Vassos Karageorghis⁷⁶ quien llega a suponer la existencia de un dios protector de las minas y otro forjador (serían Ares y Hefesto) y de una diosa de la «fecundidad» de las minas, Afrodita «metalúrgica», casada por este autor con ese dios. El mito del adulterio de Ares y Afrodita sería entonces para Karageorghis un «mito minero» nacido en los monopolios chipriotas del siglo XIII o XII a. C.

Dejando a un lado esta exorbitada interpretación y centrándonos en la causa de la expansión debemos decir que el análisis del caso chipriota no nos proporciona una explicación definitiva, pues la existencia de la cerámica implica la existencia de relaciones, pero no es demostrable que sean comerciales, e igualmente los asentamientos en Chipre pueden obedecer a causas no comerciales en el sentido actual, sino a un comercio que nada tendría que ver con el nuestro, sino probablemente similar al llevado a cabo entre los Imperios y Estados del Antiguo Oriente. Es decir un comercio oficial, gestionado por el palacio o el templo, en el que se importan únicamente las materias primas indispensables y algunos productos de lujo, y en el que nunca se organiza una producción sistemática para exportar. Corresponde pues al modelo de intercambio comercial sin mercado descrito por Polanyi para las culturas del Próximo Oriente Antiguo⁷⁷.

Ahora bien este tipo de explicación es válida cuando nos encontramos con que en un lugar han aparecido objetos micénicos –normalmente cerámica– llevados allí por estos propios griegos, pero la situación varía al enfrentarnos a la existencia de asentamientos o «colonias» micénicas, en algunos lugares o zonas muy concretos.

La actividad de las «colonias» micénicas no es muy bien conocida, pero si tenemos en cuenta lo que sabemos acerca de su funcionamiento en las costas de Asia Menor la conclusión más lógica a la que parece llegarse es que, al menos en esta región y en otras como Creta, los micénicos no montaron ninguna instalación de tipo *karum* o colonia de comerciantes, si bien es cierto que algo así pudo haberse dado en Al-Mina y algunos otros lugares de la costa sirio-palestina y de la isla de Chipre, sino que más bien se asentaron en esos lugares por la fuerza y los mantuvieron ocupados en aquellos puntos donde el poder político era débil; ahora bien sino existieron razones de tipo comercial, ¿qué otro tipo de razones pudo obligar a los micénicos a realizar su expansión? Resulta muy fácil imaginarlas, si tenemos en cuenta que los griegos micénicos, como indoeuropeos que eran, probablemente poseyeron una estructura social en la que una clase de guerreros permanecía inactiva y se apoderaba de buena parte del producto del trabajo de los miembros de la «Tercera Función», incluyendo en ella al reducido número de extranjeros que trabajaban con categoría de esclavos. Un incremento demográfico⁷⁸ obligó a los miembros de este grupo y a sus acompañantes a buscar nuevas zonas de explotación de tierras y personas (poblaciones extranjeras sometidas), y si encontraban alguna región en la que el poder político

era débil, como la Acaya, Macedonia o Tesalia, dentro del Continente griego, o bien Creta y Rodas fundamentalmente en el exterior, se instalaban allí por la fuerza, volviendo a repetir el mismo proceso que sus antepasados, próximos o remotos, según situemos la fecha de su llegada a Grecia en el Neolítico, o las diferentes etapas de la Edad del Bronce, habían realizado con las poblaciones anteriores existentes en los lugares de su asentamiento. Evidentemente el proceso sería mucho más complejo que un dominio por la fuerza simplemente, y a través de él se llevaría a cabo un proceso de integración social y cultural que apenas podemos entrever, debido a la parquedad de las fuentes —exclusivamente de naturaleza arqueológica— de que disponemos para su estudio.

Estos hechos y problemas fueron pues, muy probablemente, los motores de la expansión micénica, y no el comercio o el ansia de ganancias de unos hombres de negocios micénicos, a los que, a pesar de carecer de pruebas suficientes para demostrar su existencia, la mayor parte de los investigadores hasta el presente le han atribuido una función histórica que en modo alguno les corresponde. Sencillamente porque no han existido.

NOTAS

¹ Vid., Don, contrato, intercambio; Una forma antigua de contrato entre los tracios, y La obligación de corresponder a los regalos, en *Obras, III. Sociedad y ciencias sociales*, pp. 27-55, Barcelona 1972.

Una buena crítica de algunos de los argumentos de la exposición de M. Mauss, que no afecta, sin embargo, al punto que estamos aquí analizando, puede verse en Marshall Sahlins, *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid 1978 (Chicago 1974), pp. 167-203. Posee igualmente un enorme interés la argumentación de Sahlins acerca de la sociología del intercambio primitivo y sus relaciones con la diplomacia, vid., pp. 203 ss.

Sobre la función del comercio en las sociedades primitivas puede verse igualmente Max Gluckman, *Política, derecho y ritual en la sociedad tribal*, Madrid 1978, pp. 88-96, así como Melville J. Herskovits, *Antropología económica, estudio de economía comparada*, México 1954 (New York 1952), pp. 147-187.

² Vid. E. Evans-Pritchard, *La relación hombre mujer entre los azande*, México, 1977, *Passim*. y Bronislaw Malinowski, *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona 1972, *passim*.

³ Vid su Presentación en Karl Polanyi, Conrad M. Arensber, Harry W. Pearson, *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*, Barcelona 1976.

⁴ Vid., *The myth of the minoan thalassocracy*, *Historia*, 1953, 3, 282 ss.

⁵ Vid., *A Mycenaean Hegemony? A reconsideration*, *JHS*, XC, 1970.

⁶ Vid., *The expansion of the Mycenaean Civilization*, *CAH*, II, 2, 1975.

⁷ C. G. Thomas, *Op. cit.*, p. 187.

⁸ Sobre este tema vid., M. Cary, *The Geographic Background of Greek and Roman History*, Oxford, 1949, pp. 37 ss.

⁹ Vid., Fritz M. Heichelheim, *An Ancient Economic History*, Leyden 1958, I, *passim*.

¹⁰ Este hecho es vidente al examinarlas. No aparece en ellas ningún departamento de la administración del palacio destinado a la exportación o el comercio. Sobre la administración de los palacios micénicos vid, a nivel general Klaus Wundsam, *Die politische und soziale Struktur dem mykenischen Residenzen nach den Linear B Texten*, Wien 1968, pp. 65 ss.

¹¹ Vid. Intercambio sin mercado en tiempos de Hammurabi y A. L. Oppenheim, *La Historia Económica mesopotámica a vista de pájaro*, en *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*.

¹² Jean Vercoutter, *Essai sur les relations entre Egyptiens et Préhellènes*, París 1954, y *L'Egypte et le Monde Egéen Préhellénique. Etude critique des sources égyptiennes. Du début de la XVIII^e à la fin de la XIX^e Dynastie*. El Cairo 1956; y Vronwy Hankey, *Mycenaean Trade with the South-Eastern Mediterranean*. Mel. Univ. S. Joseph, Beirut 1970, I.; así como F. Schachermeyr, *Agäis und Orient. Die überseischen Kulturbeziehungen von Kreta und Mykenai mit Agypten, der Levante und Kleinasien unter besonderer Berücksichtigung der 2 Jahrtausends*, Ost. Akad. d. Wiss. Wien, 1967.

¹³ Vercoutter, *L'Egypte...*, p. 117.

¹⁴ Hankey, *Op. cit.*, p. 12.

¹⁵ Vercoutter, *Ibid.* pp. 414-416.

¹⁶ *Ibid.*, p. 409.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 419-422 y mapa (p. 419).

- ¹⁸ *Agäis und Orient*, mapa 7.
- ¹⁹ Vercoutter, *Ibid.*, pp. 423-426.
- ²⁰ Vercoutter, *Essai...*, pp. 173-178.
- ²¹ Vid. Hankey, *Op. cit.*, pp. 18-19.
- ²² *Ibid.*, p. 23.
- ²³ Ver un catálogo de yacimientos minoicos y micénicos en Egipto y mapas comparativos en Hankey, *Ibid.*, pp. 24-27.
- ²⁴ Vercoutter, *L'Egypte...*, pp. 426-427.
- ²⁵ *Ibid.*, p. 428.
- ²⁶ En, *Hethiter und Achaer*, Leipzig 1935.
- ²⁷ Denys L. Page, *History and Homeric Iliad*, Berkeley 1959, p. 19.
- ²⁸ *Hethiter und Achaer*, *passim*.
- ²⁹ D. L. Page, *ibid.*, p. 15.
- ³⁰ *Ibid.*, p. 16.
- ³¹ Paul Garelli llega a la conclusión al plantear el problema de los Ahhijawā, en *El Próximo Oriente Asiático*, pp. 264-266 (trad., Le Proche-Orient asiatique, I, Barcelona 1970, Paris 1967) de que los ahhijawā nunca estuvieron bajo el dominio de los hititas. Este pueblo se dedicaba al comercio, y su rey fue un personaje importante. Pero no se puede demostrar que sean los aqueos. Los datos existentes, sin embargo, tampoco contradicen esta hipótesis.
- J. D. Muhly ha afirmado recientemente que los aqueos no son identificables en los documentos hititas, pues «estos textos describen los últimos años del Imperio Hitita, y he demostrado que no tienen nada que ver ni con la Grecia Micénica ni con el Mundo Egeo» (*Hittites and Achaeans; Ahhijawa redomitus*, Historia, XXIII, 1974, p. 145), puesto que los diferentes étnicos que en ellos aparecen no se pueden identificar estrictamente con ninguna región en concreto.
- Muhly deja en suspenso la identificación, pero no niega la expansión aquea en Asia Menor, indiscutible a nivel arqueológico. Su planteamiento no está en contradicción con el nuestro, para el que esta identificación, si bien no es indiferente, si posee un carácter muy secundario.
- ³² Page, *Ibid.*, p. 56.
- ³³ *Ibid.*, p. 66.
- ³⁴ *Ibid.*, p. 66.
- ³⁵ *Ibid.*, p. 70.
- ³⁶ *Ibid.*, p. 105.
- ³⁷ *Ibid.*, p. 110.
- ³⁸ *Ibid.*, p. 111.
- ³⁹ M. I. Finley, J. L. Caskey, G. S. Kirk y D. L. Page: *The Trojan War*, JHS, 1964, pp. 1-21.
- ⁴⁰ *The Trojan War*, p. 3.
- ⁴¹ *The Trojan War*, p. 9.
- ⁴² *Ibid.*, p. 15.
- ⁴³ Seguiré la exposición y cronología de Franco Biancofiore: *Civiltà Micenea nell' Italia Meridionale*, Roma 1967.
- ⁴⁴ Biancofiore, *Op. cit.*, p. 35.
- ⁴⁵ *Ibid.*, p. 118.
- ⁴⁶ Biancofiore, *Civiltà micenea...* pp. 118-123.
- ⁴⁷ Vid., S. Marinatos, *Les Egéens et les Iles Gymnésiennes*, BCH, 1971, pp. 5-11.
- Así interpreta él, en efecto, el *rython* micénico que representa el asalto a una ciudad. Como los defensores son honderos y están desnudos los asocia a los baleáricos, teniendo en cuenta que en la tradición griega estas islas eran llamadas «Gymnesias». Naturalmente esto es sólo una hipótesis, y en mi opinión bastante dudosa, ya que no se puede deducir la existencia de contactos culturales entre micénicos y baleáricos a partir de este documento, susceptible de múltiples interpretaciones, y mucho menos indicar que represente una batalla histórica que haya tenido lugar en esta región.
- ⁴⁸ Publicado en, *Acts of the Second International Archaeological Symposium. The Mycenaean in the Eastern Mediterranean*, Nicosia 1973, al que citaremos como *Acts*.
- ⁴⁹ *Mycenaean pottery from Ayia Irini*, *Acts*, y *Excavations at Toumba ton Skouron, Morphou*, *Morphou*, *Acts*; respectivamente.
- ⁵⁰ E. Vermeule, *Op. cit.*, p. 32.
- ⁵¹ *The Achaean settlement of Cyprus*, *Acts*, p. 38.
- ⁵² *Mycenaean Settlement in Cyprus and the coming of the Greeks*, *Acts*.
- ⁵³ S. Hood, *Op. cit.*, p. 50.
- ⁵⁴ En, *Mycenaean in Cyprus in the 11 th. Century BC*, *Acts*.
- ⁵⁵ Vid., *Patterns in the distribution of Mycenaean pottery in the East Mediterranean*, *Acts*, y, *Contribution to the Religion of Cyprus in the 13 th. an 12 th. Centuries BC*, respectivamente.
- ⁵⁶ G. Cadogan, *Op. cit.*, p. 169.
- ⁵⁷ G. Cadogan, *Ibid.*

- ⁵⁸ *Remarks and Conclusions*, Acts.
- ⁵⁹ C. F. A. Schaeffer, Op. cit., p. 287.
- ⁶⁰ *The Mycenaean in Cyprus*, Acts.
- ⁶¹ K. Spyridakis, Op. cit., pp. 66-67.
- ⁶² K. Nicolau, *The first Mycenaean in Cyprus*, Acts, p. 60.
- ⁶³ En, *Comments on the Corpus of Mycenaean pottery in Cyprus*, Acts, p. 123.
- ⁶⁴ Op. cit., p. 126.
- ⁶⁵ *Les Tholoi d'Enkomi*, Acts, p. 253.
- ⁶⁶ En, *Mycenaean pottery from the time of Akhenaten in Egypt*, Acts, y, *The Aegean deposit at El Amarna*, Acts, donde Hankey describe minuciosamente las piezas.
- ⁶⁷ R. S. Merillees, *Mycenaean Pottery from the time...*, p. 183.
- ⁶⁸ R. S. Merillees, Op. cit., p. 184.
- ⁶⁹ J. C. Courtois, *Sur divers groupes de vases mycéniens en Méditerranée Orientale*, p. 165.
- ⁷⁰ Desborough, Op. cit., p. 86.
- ⁷¹ *The impact of the Mycenaean on Ancient Phoenicia*, Acts, p. 195.
- ⁷² *The Mycenaean expansion in the light of the Danisch Excavations at Hama and Sukas*, Acts, p. 205.
- ⁷³ *Rhodes and Ahijawa*, Acts., p. 192.
- ⁷⁴ R. S. Merillees: Acts, p. 327.
- ⁷⁵ Vid., Keith Branigan, *An Early Bronze Age metal source in Crete*, SMEA, XIII, 1971, pp. 10-14.
- ⁷⁶ *Contribution to the Religion of Cyprus...*, passim.
- ⁷⁷ Existen, además de las relaciones citadas, algunas semejanzas formales entre las religiones chipriota y la de la Grecia Micénica, que han sido destacadas por G. Mylonas, *Contribution to the religion of the Achaeans*, Acts; Olivier Masson, *Remarques sur les cultes Chypriotes e l'époque du Bronze recent*, Acts; y M. Loulloupis, *Mycenaean «Horns of Consecration of Cyprus»*, Acts. Pero la interpretación histórica de estas semejanzas formales debe llevarse a cabo *cum mica salis*, pues puede ocurrir, como pasa con los cilindro-sellos, según demuestra E. Porada, *On the complexity of style and iconography in some groups of cylinder seals from Cyprus*, Acts, y V. E. G. Kenna, *Cyprus and the Aegean World. The evidence of the seals*, que se imiten modelos extranjeros muy difíciles de distinguir de los originales.
- ⁷⁸ Cuya existencia ha sido claramente demostrado por W. A. Mc. Donald y R. H. Simpson en *Further exploration in Southwestern Peloponnesse*, AJA, 1964, pp. 229-246 y, *Further exploration in Southwestern Peloponnesse*, AJA, 1969, pp. 123-246.
- Sobre el papel social y económico de la nobleza micénica vid., K. Wundsam, Op. cit., pp. 111 ss.